

que caían. En el campo de batalla los heridos no se cuentan. Entonces Mauricio, suplicó á Peahe y á Lapouille.

—Vamos ayudadme. Yo solo no puedo.

No le escuchaban, no le oían, solo pensaban en salvarse, sobreexcitado el instinto de conservación. Y se escaparon en dirección al muro. Los prusianos se hallaban á unos cien metros.

Y, llorando de rabia, Mauricio, solo, al lado de Juan, lo cogió en brazos y quiso llevárselo. Pero era muy débil, y el cansancio y la angustia, habían agotado sus fuerzas. Cayó en seguida con su carga. ¡Si hubiese visto á algún camillero! Los buscó, creyó reconocer á alguno entre los que huían y los llamaba. Nadie le hacía caso. Reunió sus fuerzas, cogió á Juan, logró dar unos treinta pasos y una granada estalló á su lado, creyó que iba á morir, encima de su compañero.

Lentamente, se levantó. Se tentaba, no tenía nada, ni un rasguño. ¿Por qué no huía? Aún era tiempo, podía alcanzar el muro en unos saltos y era la salvación. Volvía á tener miedo y estaba loco. Iba á echar á correr, pero al ver á Juan allí en el suelo no tuvo valor. ¡No era posible abandonarle! Todos sus recuerdos se lo impedían, la fraternidad que se había apoderado de aquellos dos hombres, del aldeano y del señorito, tenía profundas raíces, arrancaba tal vez de los primeros días de la creación, y era también como si solo hubiesen quedado dos hombres en el mundo, entre los que uno no podía renunciar al otro, sin renunciar á sí mismo.

Si Mauricio, una hora antes, no hubiese comido un pedazo de pan bajo las balas, nunca hubiera podido hacer lo que realizó y más tarde ni aún pudo recordarlo. Debió haber echado á Juan sobre sus hombros y después arrastrarse con él, entre los rastrojos cayendo veinte veces y levantándose otras tantas, tropezado á cada paso. Una voluntad inven-

cible le sostenía, y le daba fuerzas para poder llevar una montaña. Detrás del muro, encontró al teniente Rochas, y algunos soldados de la escuadratirando siempre, defendiendo la bandera que sostenía el alférez.

Para el caso de una derrota, no se había indicado ninguna línea de retirada al ejército. Con aquella imprevisión, con aquella confusión, cada general obraba á su antojo, y todos á la vez caían sobre Sedan, bajo el enorme empuje de los ejércitos alemanes victoriosos. La segunda división del 7.º cuerpo se replegaba con bastante orden, mientras que los restos de las otras divisiones, mezcladas á los restos del 1.º cuerpo, rodaban hacia la ciudad en un desorden completo, un torrente de cólera y de espanto, arrastrando hombres y animales.

En aquel momento, Mauricio vió con alegría abrirse los ojos de Juan y al echar á correr hacia un riachuelo, para lavarle la cara, se quedó sorprendido al ver, á su derecha, en el fondo del valle, algo separado, protegido por las pendientes, al aldeano que había visto por la mañana, que continuaba labrando la tierra tranquilamente, sin prisa, guiando el arado, del que tiraba un caballo blanco. ¿Para qué perder un día? Porque se batiesen los hombres, el trigo no había de dejar de crecer ni el mundo de vivir.

## VI

Sobre la terraza á donde había subido para darse cuenta de la situación, Delaherche estaba cada vez más impaciente por averiguar lo que ocurría. Veía que las granadas pasaban por encima de la ciudad y que las tres ó cuatro que habían reventado sobre los tejados de las casas cercanas debían ser una contestación á los tiros tan lentos y tan ineficaces del fuerte del Palatinado. Pero no veía

nada de la batalla y tenía tal necesidad de obtener noticias, hostigado por el miedo de perder en la catástrofe vida y fortuna, que se bajó de la terraza dejando allí los anteojos apuntados hacia las baterías alemanas.

Abajo, al ver el aspecto que tenía el jardín central de la fábrica, se detuvo un momento. Era la una de la tarde y la ambulancia se veía atestada de heridos. Los coches llegaban sin cesar bajo el porche. Faltaban ya los coches reglamentarios de dos y de cuatro ruedas: se presentaban furgones de material, coches y carros de todas clases, embargados en cualquier sitio, donde los encontraban. Y allí dentro se amontonaban los heridos recogidos en las ambulancias volantes, hechas á escape las primeras curas. Era una multitud horrenda de gentes pálidas, casi verdosas unas, violáceas otras, efecto de las congestiones; muchos estaban desmayados, otros lanzaban lamentos; los había que se abandonaban á los enfermeros, asustados, con los ojos muy abiertos y otros que morían al tocarlos. Era tal la invasión, que todos los colchones de la inmensa sala iban á estar ocupados y el médico Bouroche daba órdenes para que se utilizara la paja con la que había mandado hacer literas en un rincón. El médico y los ayudantes daban aún abasto á las operaciones. Había pedido otra mesa con un colchón y un hule que se colocó bajo el cobertizo donde operaban. El practicante, en cuanto el herido quedaba acostado, le ponía en las narices una servilleta empapada en cloroformo. Los delgados cuchillos de acero relucían, las sierras apenas se oían funcionar, la sangre chorraaba, pero en seguida se cortaba el chorro; se llevaban y se traían sin cesar heridos operados rápidamente, sin dar tiempo apenas para limpiar el hule que cubría el colchón. Y al extremo del jardín, detrás de un macizo de flores, en el osario que habían tenido que instalar, se colocaban los

muecos y todos los brazos y piernas cortados, los restos de carne y de huesos que quedaban sobre las mesas.

Sentadas al pie de los grandes árboles, la señora Delaherche y Gilberta no daban abasto para hacer vendas. Bouroche, que pasaba con la cara roja y su delantal blanco manchado de sangre, echó un paquete de trapos á Delaherche, gritándole:

—¡Tome usted! ¡haga usted algo de provecho!

Pero el fabricante protestó.

—Dispense usted; tengo que ir á buscar noticias. No sabemos si existimos.

Después, acercándose á su mujer, añadió:

—¡Pobre Gilberta, cuando pienso que una granada puede caer aquí y prender fuego á todo esto!

Estaba muy pálida, levantó la cabeza, echó una mirada á su alrededor y luego con la sonrisa en los labios dijo:

—¡Sí, esto es horrible, todos estos hombres hechos pedazos!... ¡Me extraña mucho no haberme desmayado!

La señora Delaherche había notado que su hijo besaba el pelo de su mujer y se acordó que otro hombre acaso lo hubiera hecho también. Sus manos temblaron y murmuró:

—¡Con tantos sufrimientos, Dios mío, olvidamos los nuestros!

Delaherche se marchó diciendo que volvería en seguida, con noticias seguras. Al llegar á la calle Maqua se sorprendió al ver el número de soldados que llegaban, sin armas, con los trajes destrozados, manchados. No pudo obtener detalles precisos á pesar de que interrogó á algunos; contestaban atontados, sin saber lo que decían; otros hablaban tanto, y con tal furia, tan exaltados, que parecían locos. Maquinalmente, se dirigió de nuevo á la subprefectura, en la creencia de que todas las noticias afluirían allí. Al atravesar la plaza del Colegio, dos

cañones los dos únicos que quedaban de la batería, llegaron al galope y se pararon contra la acera. En la calle Mayor, notó que la población estaba atestada de gentes que huían; tres húsares desmontados se hallaban sentados en un portal, repartiéndose trozos de pan; otros dos llevaban sus caballos por la brida, sin saber en que cuadra iban á meterlos; algunos oficiales corrían sin saber á donde meterse. En la plaza de Turenne, un alférez le aconsejó se retirara, pues caían granadas con suma frecuencia; una de ellas había destrozado la verja que rodeaba la estatua del gran capitán, vencedor del Palatinate. Y en efecto, al retirarse por la calle de la subprefectura, vió dos granadas que estallaban con gran estrépito sobre el puente del Meuse.

Se quedó parado delante de una portería, buscando un pretexto para interrogar á uno de los ayudantes, cuando una voz juvenil le llamó:

—¡Señor Delaherche!... Entre usted pronto, no se está bien ahí fuera.

Era Rosa, la jornalera de la fábrica, de la que no se acordaba. Entró en la portería y se sentó.

—Figúrese usted,—dijo Rosa,—que mamá está enferma de tanto trágico, se ha acostado y no ha podido levantarse. Me he quedado sola, porque papá, que es guardia nacional, está en la ciudadela... Hace un momento el emperador ha querido demostrar que era un valiente y ha podido volver á salir, yendo hasta el final de la calle, hasta el puente. Una granada ha caído delante de él, el caballo de uno de sus lacayos ha caído muerto. Y después se ha vuelto... ¿qué quiere usted que haga?

—¿Sabe usted en que estado nos encontramos? ¿No sabe usted lo que dicen esos señores?

Le miraba, estupefacta. Estaba muy fresca, con su pelo menudito, sus ojos claros de niña, que se agitaba, apurada en medio de aquellos horrores, cuyo alcance no comprendía.

—No, nada sé... al medio día he subido una carta para el mariscal Mac-Mahon. El emperador estaba con él...

Han estado juntos cerca de una hora, el mariscal en la cama, el emperador sentado en una silla, apoyada en el colchón. Esto lo sé, porque los he visto cuando han abierto la puerta.

—¿Y que decían?

Le miró otra vez, y se echó á reír.

—¡Pero si no lo sé! ¿Cómo quiere usted que sepa lo que se han dicho, si nadie lo sabe?

Era cierto, quiso excusarse por aquella pregunta necia. Pero la idea de lo que habían podido decirse en aquella suprema entrevista le molestaba: ¿qué interés había tenido? ¿Qué solución habían adoptado?

—Ahora, el emperador está en su despacho con dos generales que ababan de llegar del campo de batalla...

Se paró, echó una ojeada en la escalera.

—¡Mire usted, aquí viene uno de los generales y ahí va el otro!

Delaherche salió y reconoció al general Douay y al general Ducrot, cuyos caballos aguardaban en la puerta. Después de haber abandonado la meseta de Illy habían acudido para prevenir al emperador que se había perdido la batalla. Daban detalles exactos sobre la situación, el ejército y Sedán se encontraban envueltos por todas partes, el desastre iba á ser espantoso.

El emperador se paseó por su despacho durante unos momentos con el paso vacilante de un enfermo. Sólo quedaba allí un ayudante de campo, de pie, callado, cerca de una puerta y Napoleón seguía paseando desde la ventana á la chimenea, la cara descolorida, nervioso. La espalda parecía haberse encorvado como bajo el hundimiento de un mundo, mientras que los ojos apagados, velados por pesa-

dos párpados, señalaban la resignación del fatalista que había jugado y perdido contra el destino la última partida. Cada vez que pasaba ante la ventana abierta, un estremecimiento le hacía detenerse allí un instante.

En una de aquellas paradas tan cortas, se le oyó decir:

—¡Oh, ese cañón, ese cañón que se oye desde esta mañana!

Desde allí se oía el estrépito que producían las baterías de la Marfée y de Frenois. Era un trueno continuo que hacía temblar los cristales y las paredes; un ruido incesante, obstinado, que exasperaba. Y debía pensar que la lucha no dejaba lugar á esperanzas, que toda resistencia era inútil y hasta criminal. ¿Para qué dejar derramar más sangre, ver miembros destrozados, cabezas cortadas, más muertos además de los muchos que había esparcidos por el campo? ¿Puesto que estaban vencidos, puesto que todo había acabado, para qué continuar aquella matanza? Había ya bastantes horrores y se oían bastantes gritos de dolor.

El emperador, cerca de la ventana, temblando y levantando las maaos, volvió á repetir:

—¡Oh, ese cañón, ese cañón que se oye desde esta mañana!

Tal vez la idea de las responsabilidades enormes que había contraído se alzaba ante él con la visión de los cadáveres sangrientos que por su culpa habían quedado tendidos allá á millares, y tal vez sólo fuese la ternura de su corazón de hombre soñador hostigado por somnolencias humanitarias. En aquel fracaso que rompía y arrastraba su fortuna como una paja, encontraba lágrimas para otros, anonadado por aquella matanza horrible que continuaba, sin fuerzas humanas para sufrirla más tiempo. Ahora aquel cañoneo asesino repercutía en su pecho y aumentaba su mal.

—¡Oh, ese cañón, ese cañón, hacedle callar, en seguida, en seguida!

Y aquel emperador que ya no tenía trono, habiendo conferido sus poderes á la emperatriz regente; ese jefe de un ejército al cual no mandaba desde que había entregado al mariscal Bazaine el mando supremo, tuvo entonces un arranque póstumo, deseando demostrar su poder con el irresistible deseo de ser el amo una última vez. Desde Chalóns se había desvanecido, no había querido dar una orden, resignado á ser una cosa inútil y molesta, un bulto que estorba llevado con los bagajes de las tropas. Y no se sintió emperador más que en el momento del desastre, la primera, la única orden que iba á dar, con el corazón lleno de piepad, era la de izar la bandera blanca sobre la ciudadela para pedir un armisticio.

—¡Oh! ese cañón, ese cañón... ¡Coger una sábana, un mantel, cualquier cosa! ¡Correr y decir que lo hagan callar!

El ayudante de campo salió; y el emperador continuó su paseo inseguro, desde la ventana á la chimenea, mientras que las baterías continuaban atronando el espacio, haciendo temblar la casa entera.

Abajo, Delaherche hablaba con Rosa, cuando un sorgento de servicio se presentó.

—Señorita, no se encuentra nada, no se ve una criada... ¿no tendría usted un paño, un trozo de tela blanca?

—Quiere usted una servilleta.

—No, no, no es bastante grande... La mitad de una sábana... ó cosa así.

Rosa se dirigió al armario.

—Es que no tengo sábanas cortadas...

¡No veo que podré darle! ¡Ah! mire usted! ¿quiere usted un mantel?

—¡Un mantel, muy bien, eso es lo que necesitamos!

Al marcharse añadió:

—¡Vamos á hacer una bandera blanca, que se va á izar sobre la ciudadela, para pedir paz! .. Muchas gracias, señorita.

Delaherche tuvo un sobresalto de alegría. Por fin iban á quedar tranquilos.

Después aquella alegría le pareció antipatriótica, y la refrenó. Pero su corazón aliviado latía lleno de gozo, y vió con placer salir de la Subprefectura á un coronel acompañado de un capitán y seguidos de un sargento que se dirigía á escape á la ciudadela. El coronel llevaba bajo el brazo el mantel enrollado. En aquel momento dieron las dos.

Delante del Ayuntamiento, Delaherche se vió atropellado por unos soldados que bajaban á escape por la calle de la Cassine. Perdió de vista al coronel y renunció á la curiosidad de ver izar la bandera blanca. Seguramente no le dejarían entrar y como por otra parte oía decir que caían granadas sobre el colegio, su inquietud aumentaba; tal vez estuviese ardiendo su fábrica desde que la había abandonado. Echó á correr, pero algunos grupos interceptaban el camino y aumentaban los obstáculos á cada paso. Cuando logró llegar á la calle Maqua y vió la monumental fachada de su casa, intacta, sin una chispa y sin humo, se tranquilizó. Entró en su casa diciendo:

—¡Todo va bien, están izando la bandera blanca y va á cesar el fuego!

Después se detuvo contemplando el aspecto que ofrecía la ambulancia, que era espantoso.

En el amplio secadero, cuya puerta estaba abierta, no sólo estaban ocupados todos los colchones, sino que ni aun quedaba un sitio libre en el extremo de la sala donde se había colocado la litera. Empezaron á echar paja entre las camas y estre-

charon á los heridos unos contra otros. Había más de doscientos y continuaban llegando. Las anchas ventanas alumbraban con luz clara aquel hospital cuyos cuerpos heridos estaban hacinados. A veces, efecto de un movimiento demasiado brusco, se oía un lamento. Estertores de agonía cruzaban por el aire. En el fondo un lamento continuo se dejaba oír constantemente. Y el silencio se hacía más profundo. Una especie de estupor resignado, la triste pesadumbre de una cámara mortuoria, cuyo silencio sólo interrumpían los enfermeros. Las heridas curadas á toda prisa, en el campo de batalla, algunas aun descarnadas, se dejaban ver, entre los trozos del capote y del pantalón, que se habían roto. Se veían pies que se estiraban, calzados todavía, aplastados y sangrando. Rodillas y codos rotos, como á martillazos, dejaban colgar miembros inertes. Había manos rotas, dedos que colgaban sostenidos por un trocito de piel. Los brazos y las piernas fracturadas parecían ser los más numerosos, tiesos, efecto del dolor, con una pesadez de plomo. Pero sobre todo, las heridas de más cuidado eran las que habían agujereado el vientre, el pecho ó la cabeza. Los costados sangraban por aquellos boquetes horriblos, y se habían formado nudos de entrañas bajo la piel, las caderas destrozadas, cortadas á hachazos, torcían las posturas en contorsiones frenéticas. Había pulmones atravesados de parte á parte, unos con agujero tan pequeño que no salía sangre, otros con aberturas enormes, por donde se escapaba la vida en una oleada de sangre; y las hemorragias internas, las que no se veían, acababan con la vida de los heridos. Las cabezas, por último, habían sufrido más aun; bocas machacadas, la lengua y los dientes destrozados; las órbitas hundidas, los ojos medio sacados; los cráneos abiertos, dejando ver los sesos. Todos los que habían recibido balazos en la médula ó en el cerebro estaban como ca-

dáveres, en el anonadamiento del coma; mientras que los fracturados, los calenturientos, se movían, pedían agua con voz baja y suplicante.

Después, al lado bajo el cobertizo donde se operaba, era otro horror; con aquel primer atropello no se procedía más que á verificar las operaciones más urgentes, las que reclamaba el estado desesperado de los enfermos. El temor de una hemorragia decidía al médico Bouroche á hacer la amputación inmediata. Tampoco se retrasaba para buscar los proyectiles en el fondo de las heridas y arrancar los, si estaban situados en algunna zona peligrosa, la base del cuello, el costado, la raíz del muslo, el doblez del codo ó en la pantorrilla. Los demás heridos, que prefería dejar en observación, los curaban los enfermeros siguiendo sus indicaciones. Había practicado cuatro amputaciones, espaciándolas, descansando de las operaciones graves, extrayendo algunas balas y empezaba á estar cansado. No había más que dos mesas, la suya y otra donde trabajaba uno de sus ayudantes. Acababan de colocar una sábana entre las dos, con objeto de que los heridos no se vieran. Y aunque lavaban las mesas con esponjas, no podían hacer desaparecer la sangre, mientras que los cubos que se vertían cerca de allí, esos cubos que un vaso de sangre bastaba para enrojecer el agua clara, parecían cubos de sangre, que anegaban las flores del jardín. Aunque el aire entraba libremente, salía un olor que daba náuseas, de aquellas mesas, de aquellas ropas, de aquellos instrumentos, mezclado con el olor del cloroformo.

Delaherche se estremecía de compasión cuando la entrada de un landau bajo el porche, llamó su atención. Era el único coche que habían podido encontrar y dentro de él habían amontonado ocho heridos, unos sobre otros. El fabricante lanzó un gri-

to de sorpresa al reconocer en el último que bajaron al capitán Beaudoin.

—¡Pobre amigo! aguarde usted, voy á llamar á mi madre y á mi mujer.

Acudieron las dos, dejando en su puesto á dos criadas. Los enfermeros que habían cogido al capitán, se lo llevaban á la sala donde iban á acostarle sobre un montón de paja, cuando Delaherche vió sobre un colchón un soldado que no se movía, la cara livida, los ojos abiertos.

—¡Oigan, éste ha muerto!

—Es verdad,—dijo un enfermero; pues es inútil que estorbe.

Entre los dos se lo llevaron al depósito de cadáveres que habían establecido detrás de las flores. Se encontraban allí unos doce muertos colocados en orden, los unos con los pies estirados efecto del dolor, otros encogidos, torcidos en posturas atroces. Los había con los ojos en blanco, con la boca abierta enseñando los dientes, mientras que varios, la cara larga horriblemente triste, lloraban aún. Uno, muy joven, pequeño y delgado, la cabeza medio destrozada; apretaba contra su corazón, con sus dos manos convulsas, una fotografía de mujer, una de esas fotografías pálidas de pueblo, manchada de sangre. Y al pie de los muertos amontonaban también piernas y brazos cortados, todo lo que se se paraba de las mesas de operación, el escobazo en la tienda de un carnicero, llevando á un rincón los restos de huesos y de carne.

Delante del capitán Beaudoin, Gilberta se estremecía. ¡Qué pálido estaba, echado sobre aquel colchón! Y el recuerdo de que algunas horas antes había estado entre sus brazos lleno de vida la helaba el corazón. Se había arrodillado.

—¡Qué desgracia, amigo mío! Pero esto no es nada, ¿no es verdad?

Y maquinalmente sacó un pañuelo, le limpió la

cara, no pudiendo resistir al deseo de quitarle aquel sudor, aquella suciedad efecto de la pólvora y de la tierra. Le parecía que le aliviaba limpiándole.

—¿No es verdad, esto no es nada, no es más que la pierna?

El capitán, en una especie de somnolencia, abría los ojos. Había reconocido á sus amigos y hacía esfuerzos para sonreirse.

—Sí, es sólo la pierna... No he sentido la herida, creí que daba un tropezón y que caía...

Pero hablaba con mucha dificultad.

—¡Tengo sed, mucha sed!

Entonces la señora Delaherche, inclinada al otro lado del colchón, fué á buscar agua. Trajo una botella y un vaso con un poco de cognac. Y cuando el capitán acabó de beber, tuvo que dar agua á los que estaban á su lado: todas las manos pedían, suplicaban. Un zuavo á quien no llegó el agua, empezó á llorar.

Delaherche trataba de hablar al médico para pedir un turno de favor para el capitán. Bouroche acababa de entrar en la sala con su delantal ensangrentado, su cara sudorosa, enrojecida, que sus crines de león parecían incendiar; y á su paso los hombres se sentaban en los colchones, querían tenerle, deseando ser curados, ser socorridos en el acto. ¡A mí, á mí, señor médico! Le rogaban, le tocaban. Pero Bouroche sin perder la cabeza, á pesar del cansancio, organizaba el trabajo sin atender á nadie. Hablaba en voz alta, los contaba con el dedo, los señalaba con números, los clasificaba: éste, aquél, el otro; uno, dos, tres; una boca, un brazo, una pierna, mientras que el ayudante que le acompañaba le escuchaba con atención para recordar.

—Señor Bouroche,—dijo Delaherche,—está ahí un capitán, el capitán Beaudoin.

—Bouroche le interrumpió:

—¡Que está aquí Beaudoin!... ¡Pobre hombre!

Fué á situarse delante del herido, pero de una ojeada debió comprender la gravedad del caso, porque añadió en seguida sin inclinarse para examinar la pierna:

—¡Bien, me lo traerán en cuanto termine la operación que estoy preparando.

Y se fué bajo el cobertizo seguido de Delaherche, que no quería soltarle por temor de que olvidara su promesa.

Esta vez se trataba de la desarticulación de un hombro, según el método de Lisfranc, lo que llaman los médicos cirujanos una bonita operación, una cosa rápida y elegante; cuarenta segundos á lo más. Daban cloroformo al paciente mientras que un practicante le agarraba el hombro con las manos, los cuatro dedos bajo el sobaco, el pulgar encima. Entonches Bouroche, después de ordenar le sentaran, cogió un cuchillo largo, agarró el deltoide, traspasó el brazo y cortó el músculo; después, volviendo hacia atrás, cortó la juntura de un solo golpe; y el brazo había caído derribado en tres movimientos. El ayudante había dejado escurrir los dedos para tapar la arteria humeral. «¡Acostadle!» Bouroche se sonrió involuntariamente al ligarle, porque sólo había tardado treinta y cinco segundos. Solo faltaba bajar el trozo de carne sobre la herida. Esto era muy bonito por el peligro que ofrecía la operación, pues un hombre podía perder toda su sangre en tres minutos por la arteria humeral, haciendo caso omiso de que al estar un herido bajo la acción del cloroformo hay siempre peligro de muerte.

Delaherche, asustado, hubiera querido huir. Pero no tuvo tiempo, el brazo estaba ya sobre la mesa. El soldado amputado, un quinto, un aldeano fuerte al volver en sí, vió aquel brazo que un enfermero llevaba al depósito. Miró su hombro, le vió cortado y sangrando. Y se puso hecho una furia.